

Principios de la izquierda radical

Francisco Umpiérrez Sánchez.

Septiembre a Diciembre 2004

23 páginas

(Parte 1 de 7)

1. Socialismo pobre y socialismo rico. El trabajador es el creador de la riqueza. Por lo tanto, tiene todo el derecho del mundo a disfrutar de ella. El burgués vulgar cuando ve que un trabajador tiene un buen sueldo y disfruta de la vida, lo llama capitalista. Y el socialista vulgar hace lo mismo. Esto es un grave error. La cuestión no está en que los capitalistas disfruten de la vida, sino que sus disfrutes se lo paguen con trabajo ajeno. No estamos en contra del disfrute del capitalista, sino en contra de que se apropie de trabajo ajeno. Lo que todo el mundo quiere para su familia, incluido los trabajadores, es que disfrute de la vida y sufra lo menos posible. Así que por socialismo debemos entender el camino que lleva a que los trabajadores sean más ricos, tengan más ingresos y disfruten más de la vida. Queremos crear un paraíso en la tierra y no en el cielo, en el ámbito de las relaciones económicas entre los hombres y no en la superestructura política. Queremos que el socialismo sea fundamentalmente un socialismo económico. Los trabajadores, sobre todos los trabajadores pobres y medios, pasan muchas miserias en sus vidas y tiene un sinfín de necesidades insatisfechas. No podemos prometer un socialismo a estas clases que suponga sacrificar mediante el trabajo aún más sus vidas. No podemos exigirles más sacrificios. Toda su vida es un enorme sacrificio. Hay que darles satisfacciones. Es más: hay que darles lo suyo, lo que les pertenece, lo que han creado o han contribuido a crear. Y esto es lo que le debe prometer el socialismo a los trabajadores, que los hará más ricos, que podrán disfrutar de la vida muchísimo más. Debe prometerles que no los sacrificará en vida en aras del interés general, como, por ejemplo, en aras del interés de tener una poderosa industria pesada. Así pasaba en la URSS: la riqueza se manifestaba fundamentalmente en los medios de producción, y de ese modo competía con el mundo capitalista encabezado por EEUU, pero no en la fuerza de trabajo. La vida de los trabajadores de la URSS fue enormemente sacrificada en aras de la industria pesada y de la industria armamentística. Mientras que la industria ligera, la que produce los medios de vida, estaba poco desarrollada y ocupaba poco espacio en la economía total. Así que por razón de que son los trabajadores los que crean la riqueza y por razón de que no se debe sacrificar la vida de los trabajadores en aras del interés general del Estado, debemos defender un socialismo rico, un socialismo donde los creadores de la riqueza disfruten de ella.

2. La forma mercantil de la riqueza. Las mercancías existen desde el tiempo de la esclavitud y no son un invento del capitalismo. No obstante, el capitalismo brota de las relaciones mercantiles y es un sistema económico donde todo, absolutamente todo, se quiere convertir en mercancía. El socialismo moderno debe defender un mercado socialista y, por dicha razón, debe defender que todo no puede convertirse en mercancía. El fútbol, por ejemplo, no debería producirse como mercancía. Cuando no existía la televisión privada, el fútbol televisado era un bien público, todo el mundo podía ver los partidos de fútbol televisados sin pagar absolutamente nada. Pero desde que aparecieron las

televisiónes privadas el fútbol televisado se convirtió en mercancía. Ahora los aficionados al fútbol deben pagar para ver el fútbol televisado. Esta es una de las causas que a los futbolistas de elite se les pague sueldos astronómicos y se transformen ipso facto en capitalistas. Un futbolista que gane seis millones de euros al año, acumulará en forma de ahorro una cantidad enorme de dinero. Y el dinero ahorrado, y en esas cantidades, es una fuente para obtener pingües intereses, ya se ponga a plazo fijo en un banco, ya se invierta en acciones o ya sirva para crear empresas. De esta forma el futbolista de elite se convierte en un capitalista y, por consiguiente, en un defensor del capitalismo. Así que la causa de que los futbolistas de elite se hayan convertido en capitalistas está en que los partidos televisados se producen como mercancías, y la causa de que el fútbol se haya convertido en mercancía se debe a la presencia en el mercado de cadenas de televisión privadas. Por lo tanto, en este caso la lucha para que el fútbol no se produzca como mercancía se transforma en la lucha contra la propiedad privada de la televisión. No siempre la lucha contra la forma mercantil de ciertos bienes se convierte en la lucha contra la propiedad privada de las empresas que generan esos bienes. Por ejemplo, se debería prohibir vender como mercancías las exclusivas de los famosos, por ser una de las formas de ingreso que más indignan al trabajador que vive del salario medio, al comprobar que sin trabajar hay gente que gana muchísimo dinero. En este caso, la prohibición de la venta de exclusivas como mercancías no supondría en principio luchar contra la propiedad privada de las empresas que producen exclusivas.

3. Mercado y monopolio. Muchas veces aparece la izquierda radical como una fuerza que está en contra del mercado y de los monopolios. Pero el mercado es un mecanismo económico como lo es la planificación. No hay nada en él que delate que tenga una determinada naturaleza de clase. Por lo tanto, la izquierda radical no debe estar en contra del mercado, sino en contra del mercado capitalista, en contra de aquel mercado donde las empresas que compiten entre sí son de propiedad privada. Y del mismo modo que la izquierda radical no debe tener nada en contra del mercado, tampoco debe tenerlo en contra del mercado internacional y en contra de su carácter global. La izquierda radical no debe estar en contra de la globalización, en contra de que los diversos pueblos de la Tierra sean cada vez más interdependientes, pero sí estar en contra de que esa globalización sea capitalista. La izquierda radical no debe estar en contra de las fuerzas productivas y de su continuo y acelerado desarrollo, sino en contra de la naturaleza capitalista de su desarrollo, cuya lógica inevitable es enriquecer descomunadamente por un lado y arruinar y empobrecer desalmadamente por otro lado. Con respecto a los monopolios sucede tres cuartos de lo mismo. Si queremos un mercado global, queremos que haya empresas que produzcan para dicho mercado global. Y estas empresas tienen que ser endiabladamente grandes. Pero los socialistas nunca han estado en contra de las empresas grandes, todo lo contrario, cuanto más grande sea una empresa, mayor número de trabajadores concentra y, por consiguiente, es una forma económica que está más cerca del socialismo que la forma económica que representa la pequeña y mediana empresa. Cosa muy distinta es que la izquierda radical esté en contra de que dichos monopolios estén en manos privadas y que exija que las empresas que pasen de una determinada envergadura se conviertan en empresas públicas o mixtas. Ésta sí es una postura correcta. Así que es un grave error de propaganda que la izquierda radical se presente como una fuerza que está en contra del mercado, de su globalización y de su naturaleza monopolista.

4. Salario mínimo e ingreso máximo. Todo el mundo, izquierda y derecha, considera razonable que se haya establecido un salario mínimo, un salario que

cubra las necesidades básicas del trabajador. Del mismo modo debe resultar razonable establecer un ingreso máximo, un ingreso donde su perceptor pueda llevar una vida muy agradable y llena de satisfacciones, pero sin llegar a la desproporción. Este tope debe establecerse de dos modos: como tope de patrimonio personal y como tope de ingreso anual. De esta manera evitaríamos las riquezas desproporcionadas y descomunales que tienen algunas minorías. Se acabaría con los excesos, los cuadros de los pintores famosos bajarían de precio, las fiestas de lujo y despilfarro dejarían de existir, los productos de lujo verían disminuida su demanda, y los grandes certámenes de moda perderían todo ese aroma execrable que provocan las grandes fortunas. Hay una razón teórica que legitima la exigencia por parte de la izquierda radical de establecer un ingreso máximo: los economistas burgueses son incapaces de explicar por medio de leyes económicas cómo hay gente que se enriquece de manera tan colosal y desproporcionada. Esa posibilidad la explican por motivos no muy económicos: la suerte, la herencia y el ambiente. Es una manera de decir que no pueden explicar las enormes fortunas basándose en el trabajo propio de sus poseedores. Estableciendo un ingreso máximo también evitaríamos los enriquecimientos súbitos debidos a una recalificación de terrenos, a una jugada en Bolsa o a una operación especulativa en el mercado de divisas. Acabaríamos con ese afán ciego por el dinero y por su acumulación infinita.

5. La tierra y el negocio inmobiliario. El sector inmobiliario es una de las áreas económicas donde los grandes acaudalados destinan una parte de sus fortunas. También lo hace la clase media, e incluso los trabajadores. Todo el mundo quiere ver aumentado su patrimonio en tierras, viviendas y locales. Es uno de los bienes cuyo valor va casi siempre en aumento, y en ocasiones de manera irracional. Pongamos un ejemplo: un señor X compra un terreno de trescientos metros cuadrados en 1000 euros. Al cabo de cinco años el lugar donde está ese terreno se ha capitalizado: hay carreteras, edificios, plazas públicas, industrias, comercios, etcétera. De forma “mágica”, esto es, por la magia del mercado, el terreno que hace cinco años valía 1000 euros vale ahora un millón de euros. Pero ese valor no proviene del trabajo del señor X, sino de que se ha capitalizado el lugar donde está ese terreno. De manera que habría que aplicar una ley donde ningún propietario de terreno pueda venderlo por encima del precio que ha pagado y por encima del trabajo que le ha añadido a ese terreno. La diferencia entre el precio de adquisición y el precio de venta debería ser cobrado por el Estado en forma de impuesto. Dado que esa diferencia de precio es un valor que ha sido engendrado por la totalidad de los agentes que han capitalizado el lugar donde está el terreno, debe ser apropiado de forma social, esto es, por el Estado. La misma ley debe aplicarse a los locales y a las viviendas. De este modo la industria y el comercio verían reducidos sus costos y los trabajadores tendrían muchas más facilidades para hacerse con una vivienda en propiedad.

En Las Palmas. 30 de septiembre de 2004.

Principios de la izquierda radical (Parte 2 de siete)

1. La necesidad del socialismo. Los marxistas o socialistas en general deberían tener una visión más optimista sobre el futuro del socialismo. Pero esta visión optimista debería basarse en los hechos y no en ilusiones o fantasías. Somos materialistas, no idealistas. Debemos buscar en el propio capitalismo la prueba de que el socialismo es una necesidad, y no en visiones

utópicas del futuro o en ciertos ideales de justicia. Si pensamos el capitalismo y el socialismo como polos que sólo se oponen y que siempre se mantienen distantes, en medio sólo habrá vacío. Y así no sabremos cómo pasar de un polo a otro. No hay país capitalista en el mundo cuya economía estatal no represente el 48 o el 50 por ciento de la economía total. No hay gobierno capitalista del mundo, por muy de derecha que sea, que pueda prescindir de la economía estatal. Pero la economía estatal es una economía de propiedad pública. Por lo tanto, el propio capitalismo demuestra la necesidad del socialismo. Dicho de otro modo: el capitalismo necesita del socialismo para poder existir. Nosotros luchamos contra los capitalistas y sus representantes teóricos. De ahí que no haya mejor forma de demostrar la necesidad del socialismo que haciendo ver que el capitalismo no puede existir sin economía pública. De este modo nos ahorramos un sinfín de disquisiciones teóricas y somos más directos, más prácticos. No obstante, dada esta interdependencia de capitalismo y socialismo, hay que aclarar que la diferencia entre los capitalistas y los socialistas estriba en que los socialistas quieren que el resto de la economía sea también socialista, mientras que los capitalistas quieren que siga siendo capitalista. No hay que perder nunca de vista que todas las economías del mundo son economías mixtas, con elementos socialistas y elementos capitalistas. Por lo tanto, son economías de transición. La izquierda radical, aprendiendo de Marx, debe ser muy materialista. Y esto no significa otra cosa que descubrir en el propio capitalismo los elementos del socialismo, en germen o con cierto desarrollo. De esta manera no apareceremos ante la derecha como una fuerza social ilusa, que no tiene los pies en la tierra y que sólo sabe soñar. El socialismo, esto es, la propiedad pública, no es una utopía sino una realidad.

2. Del capitalismo al socialismo. Hay gente de la izquierda radical que cree que del capitalismo al socialismo sólo se puede transitar mediante un salto revolucionario. Piensa que hay que crear un mundo absolutamente distinto al capitalista, como si fuera una sociedad pura que crece y se desarrolla sobre sus propias premisas, libre de las huellas de las sociedades precedentes. Pero esto es un gravísimo error. El socialismo debe construirse sobre los resultados del capitalismo y el paso del capitalismo al socialismo requiere de un largo y tortuoso proceso de transición. Que esto es así lo atestigua la propia historia del socialismo: la extinción de la URSS es una prueba de cuán tortuoso es el camino al socialismo. Esto es lo que dice la práctica, pero también la teoría lo dice. La prueba de la necesidad de esta actitud teórica la tenemos en el propio Marx. No se dedicó a imaginar cuál podría ser la ley económica del socialismo, sino que dedicó todas sus fuerzas teóricas a estudiar el capitalismo y a descubrir en él los gérmenes del socialismo. Esta es la misma tarea teórica que debe realizar la izquierda radical en la actualidad: conocer muy bien las leyes económicas capitalistas, tarea para la cual es imprescindible el conocimiento de El Capital, y descubrir los elementos socialistas. No vendría mal que escucháramos a Marx a este respecto en su investigación sobre el papel del crédito en la producción capitalista: “En las sociedades anónimas la función está separada de la propiedad del capital y, por lo tanto, también el trabajo está totalmente separado de la propiedad sobre los medios de producción y sobre el plustrabajo. Este resultado del máximo desarrollo de la producción capitalista es un punto necesario (anoten con claridad que Marx dice “punto necesario”) de transición hacia la reversión del capital a propiedad de los productores, pero ya no como propiedad privada de productores aislados, sino como propiedad de éstos en cuanto asociados, como propiedad social directa. Por otro lado, es punto de transición hacia la transformación de todas las funciones del proceso de reproducción vinculadas hasta ahora con la propiedad del capital en simples funciones de los productores asociados, en funciones

sociales”. Esta es la actitud teórica que debemos copiar: Marx descubre en las sociedades anónimas un punto de transición al socialismo. Se puede conservar la forma de sociedad anónima, pero con dos cambios importantes: ningún accionista podrá tener un número de acciones más allá de lo razonable y ningún directivo debe tener un sueldo más allá de lo razonable. Puede ser razonable que un directivo gane cinco, ocho o diez veces más que un trabajador medio, pero no que gane cien o mil veces más. Pero vuelvo a la idea inicial. La actitud teórica correcta de la izquierda radical debe ser la siguiente: descubrir en el capitalismo los gérmenes del socialismo. Y esto es lo que la izquierda radical debe decirle con voz muy sonora a los capitalistas y a sus representantes teóricos: el socialismo no es un invento de los marxistas, los blanquistas y los anarquistas, sino un fruto del capitalismo. Lo que sucede es que los capitalistas no quieren desarrollar ese fruto hasta convertirlo en el más frondoso de los árboles. Mientras que la izquierda radical sí lo quiere. Quiere convertir los frutos capitalistas en árboles socialistas.

3. Lucha de clases y lucha por la producción. Tradicionalmente la izquierda radical ha entendido que la lucha de clases es la principal práctica social. Pero esto es un grave error: la práctica social principal es la lucha por la producción. Y la lucha de clases sirve a la lucha por la producción. Dicho de forma más clara: la lucha de clases actual sirve para transformar la producción capitalista de la riqueza en producción socialista. Hay razones históricas que explican la altísima preferencia que tiene la izquierda radical por la lucha de clases y su olvido de la lucha por la producción. Si preguntáramos a los principales líderes de la izquierda radical cuáles son las obras teóricas más importantes de Ilich Uliánov, dirían las siguientes: “El Estado y la revolución”, “¿Qué hacer?”, “Dos tácticas de la socialdemocracia” y “El imperialismo fase superior del capitalismo”. Estas son las obras teóricas más conocidas y recurridas del líder de los bolcheviques, todas referidas a la lucha de clases. Sin embargo, hay una obra que sería de lectura básica en la actualidad y a la que no se le presta la atención debida: “Sobre el impuesto en especie”. Esta es una obra teórica dedicada a la lucha por la producción. Ahí demuestra Ilich Uliánov su genio, su tener siempre los pies en la tierra, su capacidad para abandonar las ideas que ya no cuadran con el nuevo momento, y su poderoso olfato para atisbar el futuro. No concibió la lucha de clases de forma absoluta, como pura lucha que se alimenta a sí misma, como si no tuviera ningún fin fuera de ella. De ahí el contenido económico de su Nueva Economía Política: libertades mercantiles para los campesinos y alianza económica con los grandes capitales extranjeros para crear empresas mixtas o para cederles en arriendo las grandes empresas del Estado. Esta es una sabia lección acerca de la construcción del socialismo que debemos a Ilich Uliánov: para crear el socialismo necesitamos del capitalismo. Había que electrificar e industrializar al país y a los campesinos no se les podía sacrificar más, que bastante aportaron en tiempos del comunismo de guerra. Y esto sólo se podía hacer concediendo libertades mercantiles a los campesinos y logrando alianzas económicas con el capitalismo. Esto es lo que en la actualidad le ocurre a China: sólo puede construir un socialismo moderno y avanzado con la ayuda del capitalismo.

4. Minorías y mayorías sociales. Los grandes cambios sociales, las revoluciones, sólo pueden hacerse teniendo en cuenta las mayorías sociales. La izquierda radical, sobre todo en los países miembros de la UE, debe tomar conciencia de que sólo representa tendencias minoritarias y de que tiene muy poca base social. Y esto no se debe a que las grandes mayorías sociales sean contrarrevolucionarias, sino a que la izquierda radical no ha sabido conquistárselas. En la historia del socialismo, por razones históricas que no vienen a cuento tratar, siempre se ha penalizado más los errores de derecha

que las desviaciones de izquierda. Los textos de Ilich Ulianov destinados a corregir los errores de izquierdas, que son muchos y muy interesantes, han sido poco leídos por los radicales de izquierda. Y una de las grandes lecciones que se pueden extraer de esos textos es que una vanguardia, pretendiendo como pretende transformar el capitalismo en socialismo, tarea compleja donde las haya, no puede aislarse de las grandes masas sociales. La izquierda radical ha caído muchas veces en errores de izquierda y ha padecido la enfermedad del infantilismo de izquierda durante muchas décadas. Su presencia se hace todavía notar. Si la izquierda radical representa en la mayoría de casos fuerzas minoritarias y marginales, es obvio que está obligada a replegarse y a hacer concesiones. Pero sí hay algo a lo que se ha mostrado negada la izquierda radical es a hacer concesiones, como si al hacerlo atentara contra los principios del socialismo. Es bueno que la izquierda radical mantenga su identidad, pero es urgente que establezca alianzas con otras fuerzas sociales para salir del aislamiento. Y para establecer estas alianzas hay que hacer concesiones. Esto hoy día es más necesario por causa de la extinción de la URSS y de la del resto de países del Pacto de Varsovia. Debemos considerar que somos un ejército derrotado, que hemos cometido graves errores, y que en consecuencia estamos obligados a replegarnos para coger fuerza y empezar de nuevo la andadura. No podemos comportarnos como gallitos, como si lo ocurrido con la URSS no representara lo que representa: una contundente derrota del socialismo a manos del capitalismo. Tenemos que coger fuerza. Para ello hay que salir del aislamiento y hacer concesiones. Ya llevamos bastante tiempo replegados. Los pueblos de la UE no sienten el socialismo como una necesidad, menos como un bien, así que en este terreno todavía hay mucho que hacer.

En Las Palmas. 5 de octubre de 2004.

Principios de la izquierda radical (Parte 3 de 7)

1. Pequeña nota introductoria. Hay dos lecciones de El Capital que me gustan muy especialmente: una es “Ley de la tendencia decreciente de la cuota de ganancia”, y la otra “Las rentas y sus fuentes”. La primera lección es fundamental para comprender uno de los problemas más graves de la economía mundial, el desenfrenado y vertiginoso desarrollo de las fuerzas productivas, que provoca que cada vez sea más abismal la diferencia entre los pueblos ricos y los pueblos pobres; y la segunda lección es muy importante para comprender la concepción de Marx sobre el socialismo, expuesto como el tránsito del reino de la necesidad al reino de la libertad. Ambas son lecciones muy útiles. Pero para que su exposición sea comprensible para el lector y pueda extraerles toda la utilidad que encierran, se hace necesario que exponga sucintamente la ley del valor. Así que vamos a por ello.

2. La ley del valor. El concepto de valor tal y como lo expuso Marx es el concepto más importante para defender el socialismo y proclamar la legitimidad de que las empresas de propiedad privada sean de propiedad pública. ¿Por qué un bien o servicio tiene valor? Porque en ellos se ha gastado fuerza de trabajo humana. Y este gasto se mide por la duración del trabajo. Supongamos que un obrero trabaja 240 horas al mes y que las horas que invierte para producir su salario sean justamente la mitad: 120 horas. Supongamos ahora que al obrero le pagan 1200 euros por esas 120 horas trabajadas. Tendremos ahora la proporción de que en cada 10 euros hay encerrada 1 hora de trabajo. La economía convencional habla de que debemos superar el velo del dinero, y va a

parar a la mercancía; mientras que la economía marxista cuando supera el velo del dinero va a parar al trabajo humano abstracto, al gasto de la fuerza de trabajo. Eso es lo que ve un marxista en el dinero: una sustancia llamada trabajo y no una simple mediación. Se trata ahora de medir todos los bienes y servicios en euros. Se trata después de expresar esos euros en horas de trabajo. Lo que hace la economía convencional es expresar todos los bienes y servicios en euros o en cualquier otra moneda, pero lo que no hace es expresar esos euros o monedas en horas de trabajo. La economía convencional cree en Jevons, quien hablaba de que el valor de las mercancías tiene que ver fundamentalmente con la utilidad y la escasez, mientras que del trabajo dice que es un aspecto circunstancial. La táctica de los teóricos de los capitalistas es muy sencilla: se trata de quitarle protagonismo al trabajo, ponerlo en un segundo y tercer plano en la creación del valor.

Mientras que con Marx las cosas cambian: la sustancia del valor es el trabajo humano abstracto, esto es, el gasto de fuerza de trabajo. Marx le da al trabajo el protagonismo principal. De ahí la importancia del concepto de valor de Marx para la defensa de los intereses del trabajo y del socialismo. Supongamos que sabemos que una persona de 50 años ha acumulado un patrimonio personal de 120 millones de euros. Como sabemos que en 10 euros hay encerrada 1 hora de trabajo social media, dicha persona es propietaria de 12 millones de horas de trabajo. O lo que es lo mismo: es como si esa persona hubiera trabajado durante cinco mil años con un salario mensual de 1.200 euros. Toda una irracionalidad. Dicho de otro modo: el patrimonio que tiene en posesión esa sola persona equivale al trabajo de 5.000 obreros medios durante un año, o al trabajo de 60.000 obreros al mes. Es lógico pensar que por muy cualificada que esté esa persona y por mucho que haya trabajado duro, el valor de su fuerza de trabajo acumulado durante veinte años no puede equivaler al trabajo simple realizado por 250 trabajadores durante ese mismo periodo de tiempo. Si el patrimonio personal se midiera por medio del trabajo, se haría totalmente evidente que la mayoría de las fortunas grandes, medianas y pequeñas sólo pueden explicarse por medio de la apropiación de trabajo ajeno. De ahí que los capitalistas y sus representantes teóricos no puedan ver el concepto de valor de Marx ni en pintura. Mientras que los marxistas deberíamos tenerlo pintado por todas partes.

3. Un caballo loco llamado “fuerzas productivas”. No hay gobierno en el mundo que en su política económica no haga una mención especial a la productividad. Todos los gobiernos del mundo proponen un aumento de la productividad. Si le preguntáramos al gobierno español por qué es necesario el aumento de la productividad del trabajo, nos diría: para poder competir con Alemania y Francia, para estar a su altura. Si les preguntáramos ahora a los gobiernos alemán y francés por qué es necesario que sus economías respectivas mejoren su productividad, nos responderían: para poder competir con EEUU y Japón. Si les preguntáramos a su vez a EEUU y a Japón por qué quieren aumentar la productividad de sus economías, nos contestarían: para poder competir con Europa. Por lo tanto, cada país explica la necesidad de aumentar su productividad por causa de los otros países. Aquí se cumple la situación que tantas veces explicó Marx: los hombres contraen unas determinadas relaciones sociales, en este caso las de la competencia en el mercado mundial, pero se convierten en fuerzas y poderes ciegos que terminan por dominar a los propios hombres. Este es uno de los grandes males del mundo en la actualidad: el incesante e imparable desarrollo de las fuerzas productivas del trabajo social. Esta es la causa principal de que el abismo económico entre los países ricos y los países pobres sea cada vez mayor, que cada vez haya más riqueza en un polo y más pobreza en otro polo.

4. El desarrollo de las fuerzas productivas. Aunque la ley de la tendencia decreciente de la cuota de ganancia tiene muchos aspectos teóricos de interés, yo destacaré sólo algunos aspectos esenciales de la cuestión con el fin de hacer digerible la explicación. En esta exposición mantendré la proporción de que en 10 euros hay encerrados 1 hora de trabajo. Entremos pues en detalles: En ocho horas de trabajo social medio un hilandero transforma 100 kilos de algodón en 100 kilos de hilo. Como los 100 kilos de algodón le costaron 100 euros, en 100 kilos de algodón hay encerrado 10 horas de trabajo. Por lo tanto, en 100 kilos de hilo hay contenido el valor del algodón, 10 horas de trabajo, más el valor nuevo añadido por el hilandero, 8 horas de trabajo, lo que hace un total de 18 horas de trabajo. Expresemos el mismo hecho en términos monetarios: en 100 kilos de hilo están contenidas los 100 euros que costó el algodón más los 80 euros que añadió el hilandero con su trabajo, que hace un total de 180 euros. Aquí hay sólo que distinguir el valor viejo, representado en el algodón, y el valor nuevo, añadido por el hilandero en el proceso de producción del hilo. Supongamos que el hilandero compra una máquina de hilar que le permite transformar 500 kilos de algodón en 500 hilos de trabajo en ocho horas de trabajo. Su fuerza productiva se ha quintuplicado. Como los 500 kilos de algodón le costaron 500 euros, en 500 kilos de algodón hay encerrado 50 horas de trabajo social medio. Por lo tanto, en el valor de los 500 kilos de hilos están contenidos el valor de los 500 kilos de algodón, 50 horas de trabajo, mas el valor añadido por el hilandero, 8 horas de trabajo, que hace un total de 58 horas de trabajo. Expresemos el mismo hecho en términos monetarios: en el valor de los 500 kilos de hilo están contenidos los 500 euros que costó el algodón más los 80 euros que costó el trabajo, que hace un total de 580 euros. Si comparamos la primera fase técnica de producción con la segunda, obtendremos el siguiente resultado: en la primera fase técnica de producción el kilo de hilo vale 1,80 euros, y en la segunda fase técnica vale 1,16 euros. Estos resultados se obtienen dividiendo el valor del hilo producido por los kilos: en la primera fase dividimos 180 euros entre 100 kilos, lo que da 1,80 euros por kilo; y en la segunda fase dividimos 580 euros entre 500 kilos, lo que da 1,16 euros por kilo.

Lo que tenemos que observar es que con el método de producción técnicamente más avanzado se produce un hilo más barato. Lo que sucede en el mercado mundial es que hay una serie de países que trabajan con métodos de producción avanzados produciendo mercancías baratas, y hay otra serie de países que trabajan con métodos de producción más atrasados produciendo mercancías más caras. La empresa con método de producción avanzado no necesita vender su hilo a 1,16 euros para sacar del mercado al competidor que lo vende a 1,80, con venderlo a 1,50 euros es suficiente: vende más barato que el competidor y además se apropia de una ganancia extra. Las empresas con método de producción avanzado logran dos objetivos: obtienen superganancias y arruinan o destruyen al capitalista que produce con el método de producción atrasado. El desarrollo de las fuerzas productivas de los países avanzados, que no cesa de acelerarse, destruye de continuo las fuerzas productivas de los países atrasados. De manera que de seguir así el ritmo de desarrollo de las fuerzas productivas en los países avanzados, la distancia que los separa de los países atrasados será aún más abismal. De ahí la necesidad de que se ponga freno al desarrollo de las fuerzas productivas de los países avanzados. La globalización no soluciona las diferencias entre los pueblos ricos y los pueblos pobres, lo único que genera es una burguesía burocrática en los países atrasados, dando la apariencia de un cierto avance y una cierta similitud con los países avanzados. Repito: los países avanzados tienen que ponerle freno al desarrollo de las fuerzas productivas, es un caballo loco que a su paso no sólo

destruye trabajo sino también capital, sembrando el mundo de sombras y holocaustos.

5. Del reino de la necesidad al reino de la libertad. Aunque viviéramos en una sociedad donde todas las empresas fueran de propiedad pública, estaríamos todavía en el reino de la necesidad, todavía la producción no tendría como fin al propio hombre. En el capitalismo la producción se convierte en fin de la producción. Y el socialismo, en su primera fase, todavía no ha podido librarse de esa determinación, todavía sigue dominado por la ley de la producción por la producción, todavía no ha superado definitivamente al capitalismo y todavía serán posibles las marchas atrás. La extinción de la URSS es una prueba de ello: ha sido un paso atrás. Y en la actualidad las pocas áreas socialistas que existen, como Cuba y China, no tienen otro remedio que competir con el capitalismo, situación que los aboca a seguir la ley de la producción por la producción. Entonces, ¿cuándo se producirá el salto del reino de la necesidad al reino de la libertad? Escuchemos la respuesta que da Marx en su investigación sobre las rentas y sus fuentes: “Más allá del reino de la necesidad comienza el desarrollo de las fuerzas humanas que figuran como fin en sí, el verdadero reino de la libertad, el cual sólo puede prosperar sobre la base de ese reino de la necesidad. La condición fundamental es la reducción de la jornada laboral”. Repitamos: La condición fundamental para transitar desde el reino de la necesidad al reino de la libertad está en la reducción de la jornada laboral. Para eso debe ser empleado todo el plustrabajo que libera el incesante desarrollo de las fuerzas productivas, no para volver a invertir y producir una nueva necesidad o para ganar una mayor cuota de mercado, sino para reducir la jornada laboral. Pongamos un ejemplo concreto. Un capitalista tiene contratado a 8 trabajadores que con una jornada laboral de 8 horas transforman 500 kilos de algodón en 500 kilos de hilo. Dicho de otro modo: para transformar 500 kilos de algodón en 500 kilos de hilo se necesita una masa total de 64 horas de trabajo. Supongamos ahora que el capitalista se hace con una máquina de hilar que le permite transformar los 500 kilos de algodón en 500 kilos de hilo con sólo 32 horas de trabajo. La conclusión del capitalista es instantánea: dado el nuevo método de producción sólo necesito 4 trabajadores, me sobran 4, así que los pondré en la calle. Después se sermonea: La competencia me obliga a reducir costos, y no es que yo sea malo sino que no tengo otro remedio: así que me desprenderé de 4 trabajadores. Un frío cálculo el del capitalista, que vive enajenado por el poder ciego de la competencia, y ve inevitable la destrucción del trabajo. Pero los marxistas vemos otra solución: en vez de echar a cuatro trabajadores lo que haremos será reducir la jornada laboral a cuatro horas. La máquina permite reducir el número de horas de trabajo que se necesita para mantener el actual nivel de producción a 32 horas de trabajo.

Ante este cambio en la productividad del trabajo hay dos soluciones: la capitalista, reduciendo el número de trabajadores a cuatro, y la socialista, reduciendo la jornada laboral a 4 horas. Esta es la visión marxista sobre cuál debe ser la finalidad del desarrollo de las fuerzas productivas: la reducción de la jornada laboral. De este modo los trabajadores transitarán del reino de la necesidad al reino de la libertad. Los capitalistas y sus apologistas se reirán de esta propuesta y nos dirán que estamos soñando, que ese mundo es imposible, que la competencia obliga a reducir los costos laborales con las nuevas técnicas de producción, circunstancia que impide tener el bonito sueño de la reducción de la jornada laboral. Al principio nos quedaremos calladitos, pero luego reflexionaremos sobre la vida de los capitalistas y les diremos: Hoy día hay muchísimas personas que sólo viven de las rentas y muchos miembros de las familias directas de los grandes capitalistas que no han trabajado en su vida,

son personas que no viven en el reino de la necesidad sino en el reino de la libertad. Y esos sectores sociales viven en el apreciado reino de la libertad gracias al plustrabajo arrancado por los capitalistas a los trabajadores. Sólo queremos cambiar el destino del plustrabajo: que pase de las manos de sus no creadores, los rentistas y toda suerte de vividores, a las de sus creadores, los trabajadores. Así que no soñamos: la reducción de la jornada laboral a cero es hoy realidad para un sector de los capitalistas. Los trabajadores no queremos tanto, pero sí queremos que el desarrollo de las fuerzas productivas se emplee, no para que los explotadores hagan vida de reyes, sino para que los trabajadores se liberen de una parte del trabajo forzado o necesario.

En Las Palmas de Gran Canaria. 15 de octubre de 2004.

Principios de la izquierda radical (Parte 4 de 7)

La dirección de Rebelión me hizo llegar en su momento una valoración crítica de Carlos Enrique Frade sobre mi trabajo “Principios de la izquierda radical (1)”, respecto del cual el autor de la crítica decía lo siguiente: “es una lástima que el trabajo de referencia contenga errores que puede advertir la “reacción”, quizás provenga del desconocimiento de estos temas por el autor”. Y a continuación detallaba esos supuestos errores, enumerándolos como ejemplos, que hacían un total de cuatro.

1. En el trabajo referido yo mantenía que al igual que se ha establecido un salario mínimo, debería establecerse un ingreso máximo, expresado como tope de ingreso anual y como tope de patrimonio personal. La objeción que plantea Frade es la siguiente: “Suponemos que se parte de patrimonio cero y se consume el ingreso máximo, el patrimonio final será cero. Pero como hay distintos patrones de consumo ¿sería obligatorio un nivel de consumo?, ¿qué haría con el ahorro? (lo mantiene en efectivo, lo deposita en cuenta corriente o lo deposita a interés)”.

Empecemos primero por explicar el sentido del ingreso máximo. Hay personas que ingresan anualmente tales exageradas cantidades de dinero y que poseen tales descomunales patrimonios personales, que tanto lo uno como lo otro sólo son explicables como apropiación de trabajo ajeno. Y la izquierda radical busca que nadie se apropie de trabajo ajeno, que nadie explote a nadie, que cada cual reciba un ingreso que sea proporcional al trabajo que ha realizado. Se trata de cumplir con uno de los principios socialistas más elementales: a cada uno según su trabajo. Aquí no se trata de establecer ningún principio igualitario, sino de establecer que quien trabaja más debe ganar más, y quien realiza un trabajo cualificado debe ganar más que quien realiza un trabajo menos cualificado. Hay que saber que este principio pertenece a la primera etapa del socialismo, donde todavía el interés privado y egoísta domina sobre el interés colectivo, donde todavía no rige el principio de a cada cual según su necesidad.

Establecida esta premisa, respondamos ahora a la objeción de Frade. Supongamos que se establezca como tope de ingreso anual la cantidad de 100.000 euros, y como tope de patrimonio personal un millón de euros. Si la persona en cuestión gana 100.000 euros anuales y consume al año 100.000 euros, su patrimonio personal será cero, de acuerdo con el supuesto de Frade de que partimos de patrimonio inicial cero. Pero si cada año nuestro buen ciudadano ahorra 20.000 euros, puede depositarlo en el banco como dinero

productor de interés. Supongamos que el interés sea del 5 %, entonces recibirá en concepto de interés 1.000 euros anuales. Como hemos establecido que el tope de patrimonio personal no puede estar por encima de 1.000.000 de euros, entonces al cabo de aproximadamente 20 años nuestro buen ciudadano, manteniendo constante la cuota de ahorro y su poniendo constante el tipo de interés, habrá llegado al tope patrimonial establecido por la sociedad. Todo lo que exceda de ese tope patrimonial, será requisado por el Estado. Y aquí, en este planteamiento, no veo yo ningún error del que se pueda aprovechar la reacción.

2. Sobre los enriquecimientos súbitos, aquellos enriquecimientos desproporcionados que se perciben con la recalificación de un terreno, con una operación especulativa en bolsa, o con la obtención de un cargo directivo en una gran empresa privada, Frade plantea lo siguiente: “Los enriquecimientos súbitos pueden evitarse con un impuesto a las ganancias habituales o de capital (enriquecimientos que no provienen de la habitualidad de una fuente productora de ganancias)”. Los impuestos son un medio para redistribuir la riqueza, mientras que el establecimiento de un ingreso máximo es un modo de distribuir la riqueza. El impuesto es un mecanismo económico que se emplea para paliar la desigual distribución de riqueza entre capital y trabajo, mientras que con el establecimiento de un ingreso máximo se trata de establecer una distribución justa de la riqueza, esto es, a cada cual según la calidad y la cantidad de trabajo que aporte a la sociedad. De todos modos, el impuesto siempre será de un determinado porcentaje. De manera que después de aplicar el impuesto a una cantidad dada de dinero, siempre quedará un remanente en manos de su propietario. Si una persona por una operación especulativa en bolsa se apropia de una ganancia de 500.000 euros, aplicando una tasa de impuesto, por ejemplo, del 50 por ciento, el propietario se quedará con un remanente de 250.000 euros. Si tenemos en cuenta los presupuestos antes establecidos, esta persona tendrá en su posesión 150.000 euros en concepto de trabajo ajeno. De manera que con los impuestos no aseguramos que haya personas que puedan apropiarse del trabajo de otras personas. No se trata de reformar económicamente el capitalismo por medio de impuestos, sino de cambiar de raíz las relaciones económicas entre los hombres, haciendo cumplir la ley del socialismo de a cada uno según su trabajo. Establecer un tope al ingreso máximo y al patrimonio personal es el modo de evitar que cualquier persona se apropie del trabajo de otra persona. Y los impuestos no sirven para tal fin.

3. En su tercer ejemplo Frade nos dice lo siguiente: “Los enriquecimientos súbitos del juego se los grava con un impuesto a los premios”. Cuando yo hablaba de juegos me refería a los juegos en la Bolsa, no a los juegos de azar. Pero refiriéndome a estos últimos, diré lo siguiente. Todos los trabajadores, en especial los más pobres, sueñan con ganarse un día una cantidad fabulosa de dinero en un juego de azar. Y sueñan con ganar esa cantidad fabulosa de dinero para lograr dos objetivos: dejar de trabajar y disfrutar de la vida. Volverse rico de la noche a la mañana es un sueño y seguirá siendo un sueño para la infinita mayoría de la gente que participa en los juegos de azar, mientras que sólo se hará realidad para una ínfima minoría. Pero esta forma de enriquecerse mantiene en alza el espíritu capitalista: hacerse rico por un medio que no sea el trabajo propio. Y como nosotros, los de la izquierda radical, queremos acabar con el espíritu capitalista, no sería buena política económica gravar con un impuesto los premios, sino liquidar los juegos de azar.

4. En su cuarto ejemplo Frade hace el siguiente planteamiento: “Los enriquecimientos productos de sucesiones se los grava con un impuesto. El

ejemplo de terreno que costó 1000 euros y se lo tiene sin mejoras y al cabo de unos años se vende por un millón, se grava sobre las ganancias extraordinarias o de capital, pero teniendo en cuenta el lucro cesante si ese dinero hubiera estado depositado a interés en un banco”. Por un lado, los impuestos son un medio para paliar algunas de las desastrosas consecuencias del mercado capitalista, pero nunca serán un medio para acabar con la forma capitalista de producir la riqueza. Y por otro lado, el capital productor de interés es la forma más irracional del capital, puesto que el interés, una de las formas particulares de existencia del plusvalor, aparece creado por el propio dinero y no por el trabajo. Lo único que se debe tener en cuenta a la hora de establecer el precio máximo que debe percibir el propietario del terreno, donde no ha añadido trabajo, es la inflación anual. De este modo aseguramos que el propietario del terreno no pierda dinero, pero nunca debemos permitir que se apropie de trabajo ajeno en concepto del interés que le hubiera arrojado durante 20 años el dinero que invirtió en comprar el terreno. El trabajo debe ser siempre la medida para establecer las relaciones económicas entre los hombres, y debe cumplirse el principio socialista de a cada uno según su trabajo.

5. En este mismo apartado cuatro, Frade hace este otro planteamiento. “Estos son temas que personalmente estudié profundamente y que por supuesto no son de simpatía de los explotadores, al igual que el impuesto denominado “Tobin” que grava los envíos de fondo de un país a otro”. Leído este texto me preocupé por saber cuál es la filosofía del impuesto “Tobin”, y esto fue lo que encontré en Attac Madrid: “Attac ha defendido siempre la necesaria redistribución de la riqueza, y por tanto los impuestos globales, y se ha opuesto siempre al hecho de que la parte de ingresos provenientes del capital crezca en detrimento de la parte procedente del trabajo”. Este punto de vista es justo para las personas adscritas a la izquierda reformista, que no buscan acabar con la forma capitalista de producir la riqueza, sino redistribuir la riqueza por medio de impuestos, teniendo la ilusión de que por medio de ese mecanismo se logrará salvar a los pobres. Pero las personas adscritas a la izquierda radical no pueden estar de acuerdo con esa visión, aunque si pueden prestar su apoyo, puesto que las categorías que maneja la izquierda reformista para representarse la realidad son capitalistas. En ese texto de Attac pueden leerse las expresiones “ingresos provenientes del capital” e “ingresos provenientes del trabajo”. Pero los ingresos provenientes del capital (el beneficio, el interés y la renta) son plusvalor, trabajo ajeno. No se trata de evitar que los capitalistas ingresen más de lo razonable, sino de ver que todo lo que los capitalistas ingresan en concepto de beneficio, interés y renta es propiedad de los trabajadores. Y todos los impuestos que graven el beneficio, el interés y la renta serán igualmente propiedad originaria de los trabajadores. El impuesto se lo representa el capitalista como una suma de dinero que sale de su propio bolsillo, como una parte de su trabajo que el Estado le arranca para ayudar a los pobres. Cuando en realidad la suma que representa el impuesto ha llegado a sus bolsillos mediante la apropiación de trabajo ajeno.

Así que la izquierda radical no puede aceptar sin más la expresión “ingresos provenientes del capital”, cuando en verdad y originariamente provienen del trabajo. En el mismo documento puede leerse esto otro: “Las propuestas sobre las transacciones de cambio, comúnmente denominado “tasa Tobin”, han progresado enormemente a partir de los trabajos llevados a cabo por todos los Attac del mundo y de las discusiones en los Parlamentos finlandés, canadiense, alemán y belga, que han debatido su adopción. El impuesto para la redistribución de la riqueza tendría un nivel muy bajo, y no afectaría más que a los intercambios especulativos a corto plazo, no a las inversiones productivas”. Cuando se advierte que “el impuesto para la redistribución de la riqueza tendría

un nivel muy bajo”, se le está diciendo en voz baja a los capitalistas: No tienen por qué preocuparse, sólo les vamos a quitar una pequeñísima parte de lo que ustedes van a ingresar en concepto de ganancia, que a fin de cuentas redundará en su propio beneficio, puesto que de este modo tendrán a su disposición una mano de obra mucho más cualificada a la que explotar. Esa consigna es un llamamiento a la conciencia socialista y civilizada del capitalista. En lo que respecta a la distinción entre economía especulativa y economía productiva, diré lo siguiente. Nadie en el mundo ha logrado, a lo largo de la variada historia del capitalismo, acabar con la economía especulativa. Para acabar con la economía especulativa habría que acabar previamente con las oligarquías financieras. No hay producto financiero con el que no se pueda especular. A la Bolsa le es consustancial la especulación. Al igual que se especula con la tierra, tanto con el suelo industrial como con el suelo destinado a viviendas. Es decir: no hay esfera ni área donde actúe el capital que se pueda evitar la especulación. La especulación, máxime en los tiempos de la globalización, le es consustancial a la forma capitalista de producir la riqueza. De manera que la diferencia entre economía especulativa y economía productiva, como si cada una pudiera existir sin la otra y cómo si hubiera posibilidad de acabar con la primera y conservar la segunda, no me parece acertada ni operativa. La economía productiva está mediada por la economía especulativa. No hay ninguna gran empresa productiva que pueda existir sin el concurso de los bancos o de poderosos accionistas. Es una utopía pensar que la economía especulativa y la economía productiva son dos lados que pueden separarse, y optar por uno en detrimento del otro.

6. Sólo me resta señalar lo siguiente. He tratado de establecer algunas de las diferencias de posición y de visión que existen entre la izquierda reformista y la izquierda radical. Esto sirve para que cada una conozca mejor la posición y visión de la otra. Pero de ningún modo puede ser usado este trabajo para que la izquierda radical practique una política sectaria y de rechazo con la izquierda reformista. La izquierda radical, como antes indiqué, puede apoyar a la izquierda reformista en su política impositiva, porque a fin de cuentas el impuesto Tobin servirá para que una parte del plus trabajo retorne a los trabajadores. Es importante mantener una continua y sistemática lucha ideológica con la izquierda reformista, que sea franca y abierta, pero debemos llegar a acuerdos políticos con ella en algunas materias y asuntos. No debería verse el frente capitalista como si fuera un bloque homogéneo, sin fisuras ni debilidades, y sin posibilidad de hacernos con algunos amigos. Hay capitalistas muy civilizados y hay capitalistas bárbaros. Lógicamente nos interesa ahondar las diferencias entre esos dos bandos, y ganarnos para ciertas luchas al bando civilizado. Hay que ser muy tácticos si queremos avanzar nuestras posiciones. Y en la táctica no debe confundirse nuestro deseo con lo que puede hacerse en cada momento. Hay que mantener las ideas firmes, pero en el terreno de la práctica política, dada la debilidad institucional de la izquierda radical, hay que hacer concesiones. Las ideas tomadas como esquemas fijos nos impiden percibir nuestras posibilidades en la transformación de la realidad, y en ocasiones nos ciegan: volviéndonos sectarios, quedándonos solos e impidiéndonos avanzar un solo paso. Ya llegará el momento de ser hegemónicos, pero por ahora estamos muy lejos de esa posibilidad. Repito: los dirigentes de la izquierda radical deben tener las ideas claras y firmes, pero deben ser también muy tácticos, deben saber llegar al contrario y ganárselo para ciertas causas y en determinados momentos. La izquierda radical, dada su debilidad, no puede apuntar en todas las direcciones a la vez.

En Las Palmas de Gran Canaria. 4 de noviembre de 2004.

Principios de la izquierda radical Economía de mercado y economía planificada

(Parte 5 de 7)

El trabajo que hoy presente al lector tiene como objeto de la crítica el trabajo realizado por Néstor Kohan, titulado “Ernesto Guevara: una reflexión de largo aliento” y publicado por Rebelión el tres de noviembre del año en curso. De su trabajo me interesan dos cosas: por un lado, la crítica al socialismo de mercado, y por otro lado, su valoración sobre “El Capital” de Karl Marx. Néstor Kohan se pregunta: ¿cuál es entonces la utilidad del pensamiento del Che? Y responde lo siguiente: “En primera instancia, sus reflexiones resultan provechosas por los llamados de atención que él formuló. Alertando a cualquier desprevenido que acaso se le ocurriera apostar al mercado como una opción estratégica, no como un recurso táctico, el Che explica extensamente el modo en que éste genera necesariamente irracionalidad y desperdicio del trabajo social global. Además, insiste una y otra vez en las consecuencias negativas que el mercado provoca en la conciencia política de una sociedad en transición. Para contrarrestar su influencia, el pensamiento del Che nos permite defender las razones de una planificación democrática (no ejercida únicamente por tecnócratas especialistas, aislados de las masas, sino a través de una creciente participación popular), a partir de la cual la política revolucionaria puede incidir en el “natural” decurso económico a través de la cultura, la batalla de las ideas y la lucha por recrear cotidianamente la hegemonía socialista en todo el ordenamiento social”. Mi respuesta a este planteamiento es la siguiente.

1. Es necesario distinguir con todo rigor que una cosa es producir la riqueza como mercancía y otra bien distinta es producirla como capital. En los modos de producción esclavista y feudal una parte de la riqueza se producía como mercancía. Por lo tanto, la riqueza se puede producir como mercancía sin que necesariamente se tenga que producir como capital. No obstante, es cierto que el capitalismo brota de la producción y circulación de mercancías, y que en su evolución intenta convertirlo todo en mercancía. Pero aunque esto sea cierto, no es menos cierto que puede producirse la riqueza como mercancía sin que necesariamente se produzca como capital. La historia atestigua tal posibilidad. Pero también lo atestigua la teoría. Valga como ejemplo lo que dice Marx en su investigación sobre la nivelación de la cuota general de ganancia por medio de la competencia: “El punctum saliens se destacará casi siempre si formulamos la cuestión así: supongamos que los obreros se hallan en posesión de sus respectivos medios de producción y que intercambien sus mercancías entre sí. Estas mercancías no serán entonces productos del capital”. Es obvio que Marx habla aquí de una sociedad socialista, una sociedad donde los obreros se hallan en posesión de sus respectivos medios de producción, que produce la riqueza como mercancía. Así que no hay que tener reparo alguno en hablar de un mercado socialista o de una sociedad socialista de mercado. Es una opción, nueva respecto al socialismo de economía planificada, y hay que mantener la mente abierta. Hay poco socialismo en el mundo o sus áreas de realidad son muy reducidas. Si el socialismo se extendiera, aunque fuera como socialismo de mercado, sin duda que sería una alegría para todos. No debemos tenerle miedo a algo que todavía tiene muy poca experiencia: la NEP del tiempo de Ilich Uliánov y la reforma económica china iniciada en 1978. Bienvenida sean las más variadas experiencias en materia de construcción del socialismo. Y el

socialismo de mercado es una modalidad de esa experiencia. Esto no quita que la economía mercantil encierre muchos riesgos para el socialismo, incluida una involución. El capital brota de la economía mercantil y donde hay economía mercantil afloran las tendencias capitalistas. Esto sólo indica que la lucha por el socialismo es un camino tortuoso y lleno de riesgos. Ahora bien, lo que no debemos hacer es ponernos a esperar el socialismo puro, liberado totalmente de huellas capitalistas, y no transitar hacia el socialismo por los medios que en la actualidad tenemos a nuestro alcance.

La política es el arte de lo posible. Lo importante es saber que no debe confundirse la lucha por acabar con la forma capitalista de producir la riqueza con la lucha por acabar con la forma mercantil de producir la riqueza. La experiencia del modelo soviético de socialismo demostró que acabar con la forma capitalista de producir la riqueza supuso acabar con la forma mercantil de producir la riqueza. Los precios no los dictaba el mercado, donde la sociedad expresa que cantidad de trabajo social se debe invertir en cada bien, sino la autoridad central estatal. Y al no permitir que fuera el mercado quien estableciera los precios de los productos del trabajo, no se respetaba la ley del valor. En esta clase de sociedad el precio no se correspondía con el valor. La ley del valor no tenía posibilidad de manifestarse de modo objetivo. Puesto que el valor sólo se objetiva si los precios los establece el mercado. Por último, el plan y el mercado son dos mecanismos económicos, y no es adecuado hablar de si tienen o no tienen carácter democrático. Pero si nos preguntáramos con que mecanismo económico se tienen más en cuenta las necesidades, apetencias y gustos de los compradores, de acuerdo con la experiencia del capitalismo y del socialismo, hemos de responder que el mercado.

2. La contradicción entre capitalismo y socialismo se ha planteado de forma tradicional como una contradicción entre economía de mercado y economía planificada. Pero esta forma de representarte esta contradicción no sólo oculta el aspecto principal de la misma, el tipo de propiedad sobre los medios de producción, sino además no da cuenta exacta de la relación entre mercado y planificación. Todos los que hemos estudiado a Ilich Uliianov sabemos que es fundamental distinguir dos tipos de mercado: el libre y el monopolista. Desde que surgió el imperialismo, fase superior del capitalismo, el mercado libre fue sustituido por el mercado monopolista. El capitalismo en su desarrollo lleva a la concentración, esto es, al surgimiento de grandes empresas y a los monopolios. Y según Ilich Uliianov desde principios del siglo XX el mercado cayó en manos de los monopolios, que se repartieron y se siguen repartiendo el mercado mundial. Y los monopolios lo planifican todo: la fuente de financiación, las fuentes de materias primas y los mercados. Y esta es una verdad histórica que no debe ser perdida de vista: la planificación económica fue una creación de los monopolios y no del socialismo. Lo que sucede es que con los monopolios la socialización de la producción llega a tal nivel que el paso al socialismo sólo es cuestión de un cambio de propiedad.

Pero el error, en el que incurrieron muchos marxistas, es pensar que en la economía terminaría por existir sólo grandes empresas monopolistas. Pero esto no es así: las grandes inversiones de capital siempre generan las pequeñas inversiones de capital, los monopolios crean la necesidad de las pequeñas empresas. Y son justamente las pequeñas empresas quienes participan de un relativo mercado libre, mientras que las grandes empresas participan de un mercado monopolista, esto es, de un mercado planificado. Por lo tanto, no es correcto plantear la contradicción entre capitalismo y socialismo como si fuera la contradicción entre mercado y plan, sino que históricamente la propia evolución del capitalismo llevó a supeditar el libre mercado al mercado

planificado, esto es, al mercado monopolista. Así que la contradicción entre libertad ciega y planificación es una contradicción que surgió en el seno mismo del mercado capitalista. Y como es de esperar los monopolios capitalistas sólo planifican aquello que les afecta al bolsillo. La vida y la suerte de los trabajadores no cuentan en la planificación monopolista capitalista.

Abordemos ahora la segunda cuestión: la valoración de El Capital de Karl Marx. Oigamos a Néstor Kohan: “Otro elemento a destacar consiste en la claridad con que el autor expone, ya no sólo las tesis del Che, sino también la visión del fundador de la filosofía de la praxis en la gran obra que nos inspira: El Capital. Por ejemplo, resulta más que sugerente que Carlos Tablada Pérez identifique en la teoría del fetichismo el eje central de la teoría marxista del valor. Exactamente esa era la opinión del Che. No es algo secundario. Atañe al núcleo de la teoría crítica marxista, allí mismo donde la crítica de la economía política se entrecruza con la crítica de la vida cotidiana y de la política bajo cualquier sociedad mercantil”. Aquí viene ahora mi respuesta.

1. No es cierto que la teoría del fetichismo sea el eje central de la teoría del valor de Marx. Para explicar lo que es el fetichismo, y buscando un ejemplo analógico, Marx recurre al mundo religioso, donde los dioses, que han sido creados por el cerebro humano, aparecen dotados de vida propia y con una existencia independiente de los hombres. Lo mismo ocurre con las mercancías, que son igualmente una creación de los hombres, aparecen como si tuvieran vida propia y una existencia independiente de los hombres. A esto Marx lo llama fetichismo: lo que es obra de los hombres aparece dotado de vida propia y con existencia independiente de ellos. Creo que esto es un aspecto importante de El Capital y de la teoría del valor de Marx, pero ni mucho menos encierra lo más esencial, o es una esencia al lado de muchas otras esencias. En el estudio sobre el carácter fetichista de la mercancía y su secreto, Marx formula la siguiente pregunta: ¿De dónde nace, pues, el carácter enigmático del producto del trabajo en cuanto adopta forma de mercancía? Y responde: Evidentemente de esa misma forma. Y en esto reside la esencia fundamental de El Capital: en el estudio de las formas del valor, que incluyen las formas mercantiles y las formas de capital. Y en este aspecto es donde la economía marxista se diferencia radicalmente de la economía convencional. Yo creo que el valor de El Capital debe medirse en relación con la economía convencional, con la que está en lucha, y no en relación con las distintas valoraciones que hacen los variados marxistas entre sí. Debemos concebir El Capital como la mejor arma ideológica de la que disponen los trabajadores para luchar contra el capitalismo. Pero en el capitalismo domina la economía convencional, y de sus categorías participan muchos líderes de izquierda y mucha gente que cree que otro mundo es posible. Por lo tanto, el rendimiento más óptimo que podemos extraer de El Capital está en emplearlo para luchar contra las concepciones económicas dominantes, esto es, contra la economía convencional.

2. Como mi punto de vista es que la esencia fundamental de El Capital está en el análisis de las distintas formas del valor, analicemos dos de ellas, la plusvalía y la ganancia, tal y como fueron tratadas por Marx en El Capital. Así nos haremos con una idea concreta de lo que yo defiendo. La mercancía producida bajo modo de producción capitalista se representa mediante la fórmula: valor de la mercancía = capital constante + (capital variable + plusvalía). El uso de paréntesis en esta fórmula trata de alertar sobre una diferencia cualitativa entre los distintos componentes del valor de la mercancía. El capital constante representa valor viejo, el valor transferido desde los medios de producción al producto del trabajo, mientras que el capital variable y la plusvalía representan valor nuevo, el nuevo valor añadido por el trabajador al producto del trabajo. De

ahí que para un marxista, y en este tema que nos ocupa, sean dos cosas las fundamentales: una, cómo se divide el nuevo valor entre capital variable y plusvalor, y dos, quién es el propietario del plusvalor. (La primera cuestión es muy importante en la construcción del socialismo, puesto que en la URSS la parte que representaba el plusvalor siempre fue muy grande en proporción con la parte que representaban los salarios. Y puede darse el caso, como así se dio, que un Estado socialista se apropie de más plusvalor del que se apropian los capitalistas. Resultando la paradoja de que los trabajadores sean más explotados en el socialismo que en el capitalismo).

Aunque bajo el punto de vista de las relaciones esenciales es fundamental la separación entre valor viejo y del valor nuevo, bajo el punto de vista práctico, bajo las condiciones aparentes en las que desenvuelve su actividad el capitalista, las cosas se presentan de otro modo. Para el capitalista las nociones fundamentales son dos: una, el precio de costo, cuánto le cuesta producir la mercancía, y dos, la ganancia, cuál es la diferencia entre el precio de venta y el precio de costo. En el precio de costo el capitalista incluye el capital constante y el capital variable, de modo que borra la diferencia esencial entre el valor viejo y el valor nuevo. Y como la ganancia se le presenta como la diferencia entre el precio al que puede vender la mercancía y lo que le ha costado producirla, se hace con la idea de que la ganancia proviene, en parte, de todo el capital invertido, y de otra parte, de sus habilidades en el mercado. Lo importante en el análisis de Marx estriba en lo siguiente: una, en exponer cómo la plusvalía se transforma en ganancia, y dos, en exponer su necesidad. Esta es una de las cuestiones esenciales de *El Capital*: exposición de la transformación de las categorías esenciales, por ejemplo, la plusvalía, en las categorías aparentes, por ejemplo, la ganancia. El capitalista se maneja con las categorías de precio de costo y de ganancia, y la economía convencional sistematiza este saber, y no conoce ni utiliza las categorías de capital constante, capital variable y plusvalor.

Marx no rechazó las categorías de precio de costo y de ganancia, sino que demostró cómo se transforma la plusvalía en ganancia y cómo se transforman el capital constante y el capital variable en precio de costo. Demuestra la necesidad de esta transformación y la necesidad y utilidad de las categorías de la economía convencional. En lo que se refiere a la segunda cuestión, la propiedad sobre el plusvalor, diré lo siguiente: Erróneamente se ha definido la empresa privada como la empresa que busca beneficios, mientras que de la empresa pública se dice que no debe buscar beneficios. Planteada así las cosas parece que a la empresa privada le es consustancial tener beneficios y a la empresa pública tener pérdidas. Pero esto no se corresponde con la verdad del socialismo. El problema no está en si una empresa arroja beneficios o no arroja beneficios, como criterio para determinar lo privado y lo público, sino quién es el dueño del beneficio. Y como es obvio a las empresas de propiedad pública les interesa tener la mayor cantidad de beneficios posible, incluso más beneficios que las empresas privadas, para así demostrar su superioridad. En el viejo socialismo, de corte soviético, el Estado se quedaba con todo el plusvalor, mientras que en el nuevo socialismo, el representado por el modelo chino, el obrero colectivo se queda con una parte del plusvalor.

** Licenciado en Filosofía y director del Centro de Estudio Karl Marx
En Las Palmas de Gran Canaria. 9 de noviembre de 2004.*

Principios de la izquierda radical
El pensamiento económico del Che o la planificación socialista

(Parte 6 de 7)

Para elaborar este trabajo crítico he tenido en cuenta los siguientes materiales: “La Planificación socialista. Su significado”, de Ernesto Guevara; “La creatividad en el pensamiento económico del Che”, de Carlos Tablada; “En busca del paradigma perdido de Marx y Engels”, de Luis Marcelo Yera; y “Ernesto Guevara: una reflexión de largo aliento”, de Néstor Kohan. Aunque todos estos autores consideran de total actualidad el pensamiento de Ernesto Guevara sobre el socialismo y en especial su defensa a ultranza de la planificación y su negación del mercado, yo creo que no es acertada esta valoración. Y pasaré ahora a explicarles por qué.

1. En todas las economías socialistas de los años sesenta el plan era tomado como la esencia fundamental del socialismo. En palabras de Ernesto Guevara: “Podemos, pues decir que la planificación es el modo de ser de la sociedad socialista, su categoría definitoria y el punto en que la conciencia del hombre alcanza, por fin, a sintetizar y dirigir la economía hacia su meta, la plena liberación del ser humano en el marco de la sociedad comunista”. Pero en todas esas economías, como era inevitable, se hacía uso del dinero y de las categorías de la economía mercantil. Se supo desde el principio, desde la NEP de Ilich Uliánov, que el socialismo no podía de momento liquidar la economía mercantil. No obstante, como los precios lo establecía la autoridad estatal central y no el mercado, nunca se respetó la ley del valor. Quien conozca “El Capital” de Karl Marx, sabrá que sin mercado es imposible que la ley del valor juegue su rol. Aunque en todos los manuales de economía socialista se hablaba de que los países socialistas debían saber utilizar las relaciones entre mercancía y dinero, lo cierto es que no supieron. Aunque Stalin y Mao Zedong hablaron de que los dirigentes comunistas de los países socialistas debían respetar la ley del valor, lo cierto es que nunca la respetaron. Dicho en términos filosóficos: admitían la ley del valor en esencia, pero se negaban a aceptarla en su manifestación objetiva. Puesto que donde los precios no son determinados por el mercado, la ley del valor no tiene posibilidad objetiva de manifestarse.

2. En el pensamiento de Guevara, secundado por Carlos Tablada, aparece la idea de que nos encontramos en la época de la transición al socialismo y al comunismo. Carlos Tablada, en los puntos 2 y 3 de la página 9 del texto referido, lo expone así: “1. Negación de la vigencia rectora de la ley del valor en el periodo de transición al comunismo”; “3. Rechazo a que la caracterización del periodo de transición al comunismo, ni aun en sus primeros momentos, tenga que venir dada por ley del valor y demás categorías mercantiles que su uso requiere”. Esta idea queda aún más claramente expresada en la página 5 del mismo texto: “En mi opinión, los aspectos fundamentales del pensamiento y de la práctica del Che tienen vigencia si los adecuamos a los cambios que han tenido lugar, pero sin alterar la esencia de su punto de partida crítico de ciertas concepciones en la construcción del socialismo como tránsito hacia la sociedad comunista”. Repito la idea de Tablada: “época de la construcción del socialismo como tránsito hacia la sociedad comunista”. Creo que esto es un grave error de concepción estratégica. No se puede negar que la época actual es la época de la transición del capitalismo al socialismo. El hecho de que todas las economías del mundo sean economías mixtas, de propiedad pública y de propiedad privada, atestigua que nos encontramos en la época de la transición del capitalismo al socialismo. Y en esta transición es inevitable que en el socialismo existente, ya sea el de China o el de Cuba, haya huellas y restos del capitalismo. Cuba se ha tenido que abrir a la inversión extranjera, al capitalismo mundial, para desarrollar su propia economía socialista. Esta es la realidad. Y quien admite cierto desarrollo del capitalismo extranjero, debería

admitir cierto desarrollo del capitalismo nacional. Y quien admite cierto desarrollo del capitalismo, debe ser consciente de la necesidad de desarrollar la economía mercantil. Y si no se permite este desarrollo, la economía socialista terminará perdiendo la batalla frente a la economía capitalista. Lo nuevo en la concepción socialista estriba en comprender que sin mercado, por una parte, las economías socialistas no podrán satisfacer las crecientes necesidades materiales y culturales del pueblo, y por otra parte, no podrán derrotar al capitalismo. Y de no hacerse así, de permanecer atado a la idea de que el plan es la esencia definitoria del socialismo, a los ojos del mundo el socialismo se seguirá presentando como una sociedad donde predomina la pobreza material, la restricción de necesidades y la uniformidad en el gusto.

3. Lo dicho anteriormente constituye el marco real donde se mueven los socialistas de todo el mundo, el marco que constituye la época de la transición del capitalismo al socialismo, sin embargo, según el pensamiento de Guevara, secundado por Tablada, la época que se vivía en los años sesenta, y para algunos la que se vive ahora, es la época de la transición del socialismo al comunismo. Pero sólo hay que ver el mundo para concluir que esto no es cierto. Si queremos transitar hacia el comunismo, suponiendo que nos encontráramos en la época del socialismo avanzado, entonces será un objetivo estratégico liquidar las relaciones mercantiles monetarias, esto es, no producir la riqueza como mercancía. Pero como resulta que no nos encontramos en la época de la transición del socialismo al comunismo, sino en la época de la transición del capitalismo al socialismo, entonces el objetivo estratégico de acabar con economía mercantil está fuera de época. Y si aceptamos que hay un periodo de transición entre el capitalismo y el socialismo, que nos encontramos en los primeros pasos del socialismo, entonces debemos aceptar sin ninguna clase de prejuicios ni de reparos que en el socialismo debe haber elementos del capitalismo. Puesto que si no hubiera elementos capitalistas, no podríamos hablar de la transición del capitalismo al socialismo.

4. Si en verdad nos encontráramos en la época de la transición del socialismo al comunismo, no sólo sería un objetivo estratégico acabar con la economía mercantil, sino también con el Estado en tanto organización de la violencia. Serían objetivos estratégicos la liquidación del ejército, de la policía y de las cárceles. Pero el cumplimiento de estos objetivos estratégicos no aparece en el pensamiento de Guevara ni en el de Tablada. Por lo tanto, ellos reconocen, aunque implícitamente, que nos encontramos en la época de la transición del capitalismo al socialismo, que nos encontramos en la época donde todavía la sociedad socialista necesita para confirmarse de un Estado que organice la violencia. En la página 7 del texto citado Carlos Tablada se expresa en los siguientes términos: “Che profundizó en Marx, Engels y Lenin. Y el concepto de plan aparece vinculado a los conceptos de revolución anticapitalista y dictadura del proletariado”. Se ve claro que Tablada hace hincapié en el lado de dictadura que tiene el Estado socialista, y no en su lado democrático. Circunstancia que hace evidente que Tablada reconoce implícitamente que nos encontramos en la época de la transición del capitalismo al socialismo. No obstante, en este aspecto hay que establecer una distinción importante: Con Ilich Uliánov aprendimos que todos los Estados son por su esencia dictaduras, en tanto con ello entendemos que todo Estado pretende asegurar el predominio de un determinado modo de producir la riqueza. Podemos entender entonces que el carácter de dictadura de un Estado socialista viene determinado por su objetivo de hacer que el modo de producción predominante sea el socialista. Pero esto no quita que el sistema de gobierno de una sociedad socialista pueda ser democrático y que las relaciones con otras clases también puedan ser democráticas. Si en una sociedad socialista se admiten cierto desarrollo de la

economía capitalista y de la economía individual, es inevitable que esta situación tenga su reflejo superestructural y tenga que admitirse la legalidad de partidos capitalistas y pequeños burgueses. Y el partido comunista debería vivir con estos partidos en un régimen de democracia. No hay por qué estar continuamente destacando el carácter de dictadura que tiene el Estado socialista en su relación con el capitalismo, olvidándose por completo de afianzar y desarrollar su carácter democrático.

5. En el pensamiento de Guevara el plan se presenta como un arma de la conciencia socialista, como la oportunidad racional de que el hombre por primera vez haga una historia consciente. Ni en la práctica ni en la teoría se le puede atribuir esa propiedad al plan. La más importante de las armas científicas que tiene el hombre para hacer por primera vez una historia consciente es El Capital de Karl Marx. Gracias a esa rica y grandiosa obra teórica el hombre puede hacer con una representación científica de la economía mercantil y de la economía capitalista. Y sólo conociendo con profundidad la economía mercantil y la economía capitalista, las vanguardias de izquierdas podrán dirigir la construcción de la sociedad del futuro de modo consciente. Pero El Capital es la obra menos conocida por los marxistas, por los leninistas y por los maoístas. La razón de fondo la he expuesto en otros trabajos publicados en Rebelión: se le ha prestado excesiva atención a la lucha de clases y se ha dejado muy de lado la lucha por la producción. O lo que es peor: se entiende la lucha por la producción como un modo de manifestación de la lucha de clases. No obstante, el hecho de que en las economías socialistas, aunque sean planificadas, hagan uso del dinero, hace evidente la necesidad de que los comunistas conozcan profundamente El Capital para saber lo que es el dinero. Y el hecho de que en todas las empresas socialistas sea necesario saber cuánto cuesta producir los bienes y cuánto es el margen de ganancia que se obtiene, plantea igualmente a los comunistas la necesidad de conocer El Capital para saber lo que es el precio de costo y la ganancia. Es imprescindible para la construcción consciente del socialismo que los marxistas conozcan la naturaleza de la mercancía y la del capital, y que en consecuencia tengan un sobrado dominio de las categorías mercantiles y capitalistas. No se trata, como hace Guevara, de negar la inevitable presencia de la ley del valor y de las determinaciones mercantiles y capitalistas en el periodo de transición del capitalismo al socialismo, sino de conocerlas a fondo para dominarlas y emplearlas al servicio del socialismo.

6. Veamos ahora el plan bajo el punto de vista práctico. Tradicionalmente se ha planteado que un país socialista debe planificar su economía por dos razones: una, porque los medios de producción son de propiedad pública, y dos, porque el sector socialista de la economía debe dirigir el resto de la economía nacional. Y los objetivos más importantes que se quieren lograr con la planificación son tres: desarrollo proporcional entre los distintos sectores económicos, equilibrio entre la oferta y la demanda, y distribución proporcional entre los fondos de acumulación, fondos destinados a nuevas inversiones o a la reproducción ampliada, y los fondos de consumo, fondos destinados a retribuir a los trabajadores y resto de grupos sociales. Pero estos objetivos, examinada la experiencia de los países socialistas, no se han cumplido: uno, el sector de los medios de producción siempre ha sido proporcionalmente superior al sector de los medios de consumo, que da como resultado empresas ricas y obreros pobres; dos, la oferta y la demanda no han estado equilibrada, como demuestra los problemas constantes de escasez de medios de consumo básicos; y tres, los fondos de acumulación siempre han sido proporcionalmente superiores a los fondos de consumo, que da como resultado grandes obras de infraestructuras y trabajadores con salarios raquíticos. Guevara pensaba que el plan era el modo

en que el hombre podía construir el mundo de un modo más racional a como lo hacía el capitalismo, pero la experiencia ha demostrado que el socialismo ha construido el mundo de modo más irracional que el capitalismo. Pero hay otro aspecto importante que pone en evidencia las limitaciones del plan para la consecución de esa meta que Guevara le atribuye: hay millones de productos con un sin fin de especificaciones y variaciones que el plan no puede abarcar. En China, por ejemplo, solamente unos cuantos centenares de productos eran manejados por la Comisión de Planificación Estatal.

Pero de este grupo la comisión sólo podía calcular con exactitud sólo una decena de productos, mientras que del resto las estimaciones no eran rigurosas. Incluso en los cálculos de exactitud el plan no podía cubrir las variaciones en sus especificaciones. De manera que en la práctica el plan se convertía en un plan de referencia y no en un plan de riguroso cumplimiento. Por lo tanto, bajo el punto de vista práctico el plan se ha mostrado como un mecanismo económico inferior al mercado, tanto para el desarrollo de las fuerzas productivas como para el desarrollo proporcional de los distintos sectores económicos.

En Las Palmas de Gran Canaria. 4 de diciembre de 2004.

Principios de la izquierda radical (El Estado y la revolución) (Parte 7 de 7)

He estado estudiando el artículo de Andrej Grubajic, titulado “El encanto irresistible del anarquismo global”, publicado en Rebelión el 22 de diciembre de 2004. Su lectura me dejó disgustado, desilusionado, con la sensación de que la izquierda radical nunca será una opción seria, digna de crédito, con posibilidades de hacer realidad sus hermosos ideales. Pero esto es fue la primera impresión. Después pasé a la reflexión y la crítica. Y ésta es la que les doy a conocer a continuación.

En el texto de Andrej Grubajic puede leerse lo siguiente: “El antiguo eslogan de la tradicional izquierda marxista –conquistar el poder y luego transformar el mundo- es algo que tenemos que alejar de nosotros. La responsabilidad del revolucionario hoy es hacer que la idea de la revolución del siglo XIX sea innecesaria. La revolución no va a llegar como una especie de gran evento apocalíptico, como un acto o momento insurreccional, sino como un proceso muy largo que lleva desarrollándose a lo largo de la mayoría de la historia de la humanidad – repleta de estrategias de huida y evasión tanto como de confrontaciones dramáticas. El mundo no se puede cambiar a través del estado. Tiene que hacerse de nuevo. En nuestro contexto, esto implicaría la obligación de recordar la vieja idea anarquista de cambiar el mundo sin tomar el poder”. Analicemos estas ideas al detalle.

1. “Tomar el poder del estado para transformar el mundo”. La idea de tomar el poder del estado para luego transformar el mundo nada tiene que ver específicamente con el marxismo ni con el leninismo. Además, no es una idea, sino un hecho histórico de primera magnitud. En todos los tiempos las clases dominantes se han hecho con el poder del estado y luego han transformado el mundo de acuerdo con sus intereses. Eso lo hicieron los esclavistas, los señores feudales y la burguesía. Y lo lógico es que también lo hagan los trabajadores. Así que no se trata de una idea marxista ni leninista, sino de la historia de la

lucha de clases y de su mediación y objetivación en el estado. Si no hubiera estado, si no hubiera hombres armados para mantener la seguridad en la sociedad, entonces no habría lucha de clases. Pero mientras siga existiendo la lucha de clases, seguirá existiendo el estado. Por mucho que le demos la espalda al estado, por mucho que ignoremos su existencia, en él y en torno a él se libran las principales luchas políticas que hacen cambiar la historia de los pueblos. El mundo puede ser de otro modo, tal vez otro mundo sea posible, pero no caerá del cielo sino que brotará del mundo existente. Y como en el mundo existente hay estado, en el nuevo mundo habrá necesariamente estado. No se obtiene una mejor percepción de las posibilidades de crear un mundo nuevo cerrando los ojos ante el desarrollado y complejo estado moderno.

2. “La responsabilidad del revolucionario hoy es hacer que la idea de la revolución del siglo XIX sea innecesaria”. La idea revolucionaria del siglo XIX era que los trabajadores tenían que tomar el poder del estado y transformar el capitalismo en socialismo. Y lo cierto es que la clase obrera de Europa occidental no supo en aquel entonces y aún no sabe cómo cumplir con su misión histórica. Y esto expresa que la clase obrera de esta parte del globo ha sido una y otra vez derrotada por la burguesía. Y ante la derrota centenaria de la clase trabajadora a manos de la clase capitalista, Grubajic propone luchar para volver innecesaria la misión histórica de la clase trabajadora, cuando dicha circunstancia exige todo lo contrario: mantener una lucha ideológica sin cuartel para que la clase obrera de Europa occidental tome conciencia de dicha misión histórica. Es una condición indispensable para crear el nuevo mundo. Sucede además que para la inmensa mayoría de los trabajadores de Europa occidental la revolución socialista es innecesaria. A su juicio viven mejor en el sistema capitalista que en el sistema socialista. Así que ese carácter innecesario de la revolución no es responsabilidad del “revolucionario” hacerlo realidad, puesto que ya es una realidad. Lo nuevo en la realidad sería despertar a la clase obrera de Europa occidental de su letargo histórico para que de una vez cumpliera con su misión de transformar el capitalismo en socialismo.

3. “La revolución no va a llegar como una especie de gran evento apocalíptico, como un acto o momento insurreccional, sino como un proceso muy largo que lleva desarrollándose a lo largo de la mayoría de la historia de la humanidad”. El anarquismo, el socialismo utópico y el socialismo marxista del siglo XIX tenían como fin acabar con el capitalismo y crear una sociedad nueva. Por lo tanto, hablamos de la revolución socialista, de una revolución que pertenece a una época determinada en la historia de la humanidad. Pero si Grubajic nos habla de que la revolución ha venido desarrollándose a lo largo de la mayoría de la historia de la humanidad, está diluyendo el concepto particular de revolución socialista en el concepto general de revolución. Y cuando hablamos de revolución en su sentido general, hablamos de las revoluciones que se han producido a lo largo de toda la historia de la humanidad en las relaciones de producción y en las fuerzas productivas. Pero a nosotros los que nos preocupa no es que a lo largo de la historia de la humanidad hayan habido muchas épocas revolucionarias, sino de cómo llevar a cabo la revolución socialista, esto es, cómo liquidar las relaciones de producción capitalistas. Este procedimiento mental consistente en diluir las contradicciones particulares, como por ejemplo entre el capitalismo y el socialismo, en las contradicciones generales, como por ejemplo entre las relaciones de producción y las fuerzas productivas, es propio de idealistas y de personas propensas a soñar e imaginar el futuro. Cuando lo que hay que hacer es adquirir una representación científica de la sociedad actual y ver cómo podemos transformarla.

4. “El mundo no se puede cambiar a través del estado. Tiene que hacerse de nuevo. En nuestro contexto, esto implicaría la obligación de recordar la vieja idea anarquista de cambiar el mundo sin tomar el poder”. El estado, desde el surgimiento de la sociedad esclavista, pertenece al mundo. Por lo tanto, si se cambia el mundo, hay que cambiar el estado. Debemos suponer, además, que quien quiere cambiar el mundo, quiere acabar con el dominio que ejercen los capitalistas sobre los trabajadores. Pero los capitalistas ejercen su dominio sobre los trabajadores por medio del estado. Por lo tanto, si se quiere acabar con el dominio de los capitalistas sobre los trabajadores, hay que acabar con el estado que organiza ese dominio. No sé cómo sería posible cambiar el mundo sin tomar el poder. O sí lo sabemos: sabemos cómo EE.UU. por medio de su maquinaria de guerra, uno de los aparatos de su estado, está cambiando el mundo en Irak. Así que cambiar el mundo sin cambiar el poder sólo puede significar que los Estados capitalistas más poderosos del globo siguen cambiando el mundo a su antojo y de acuerdo con sus intereses imperialistas.

Los anarquistas y los marxistas siempre han coincidido en el objetivo final de la revolución: la destrucción del estado. Pero mientras los marxistas señalan la necesidad de cubrir una primera etapa de esa camino, la socialista, donde todavía tiene que existir el estado, los anarquistas no aceptan esa etapa de transición. De todos modos, cuando se habla de la destrucción del estado, se habla de la destrucción del estado en tanto organización de la violencia, no del estado en tanto organización de la administración de la economía. Si consideramos que la economía es la base de la sociedad, debemos considerar entonces que la toma del poder del estado en tanto administración de la economía es fundamental para la creación de un mundo nuevo. No hay manera de entender, por lo tanto, cómo se puede cambiar el mundo sin tomar el poder. En parte es una idea ilusa, de soñadores, pero en parte es permitir que la burguesía siga detentando el poder del Estado y siga haciendo el mundo a su manera. Y repito: el viejo anarquismo quería destruir el estado, el nuevo, el representado por Grubajic, quiere sencillamente darle la espalda, ignorarlo. Esta postura no llama a enfrentarnos a la realidad, con toda su enorme complejidad e infinitas injusticias, sino a huir de ella.

- *(Director del Centro de Estudios Karl Marx)*
En Las Palmas. 30 de diciembre de 2004.
- *Fuente: Rebelión*



Información disponible en el sitio Web del Centro Estudios “Miguel Enríquez”, CEME:
<http://www.miguel-enriquez.com>

Si tienes documentación o información relacionada con este tema u otros del sitio, agradecemos la envíes para publicarla. (Documentos, testimonios, discursos, tesis, relatos caídos, información prensa, actividades de organizaciones sociales, fotos, afiches, etc.) Envía a: ceme100@yahoo.es

NOTA: El portal del CEME es un archivo histórico, social y político básicamente de Chile. No persigue ningún fin de lucro. La versión electrónica de documentos se provee únicamente con fines de información y preferentemente educativo culturales. Cualquier reproducción destinada a otros fines deberá obtener los permisos que correspondan, porque los documentos incluidos en el portal son de propiedad intelectual de sus autores o editores. Los contenidos de cada fuente, son de responsabilidad de sus respectivos autores.

